

González #40

+ ñapa

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE,
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

lunes 27 de noviembre, 2006

ENVIADO A hojagonzalez@gmail.com POR Nicolas Gómez

Estrado

No es una novedad que algunos *items temáticos* del inmenso, ilimitado e indefinible mundo del arte, no han gozado de dinámicas que les permita pensarse, analizarse y reiventarse dentro del departamento de arte de la universidad. Es claro el ejemplo que ofrece el artículo publicado en *González #35* escrito por Anónimo, que se refiere a la ausencia de iniciativas académicas por provocar la transformación de los frutos del bosque en algo que trascienda la enseñanza técnica. Al respecto, hago referencia ahora a la otra mitad del paquete M.E.A.T. Como antecedente a las ideas que pretendo exponer, hago una inicial referencia a aquel inolvidable trabajo que algunos entusiastas compañeros habrían realizado hace unos pocos años en el cruce de la carrera 11 con calle 92. El *performance*, como ellos lo llamaban, fue noticia. Si bien recuerdo, por una foto que vi en la prensa, en esta irregular acción, Alejandra Suárez y Camilo Zúñiga (de quienes recuerdo otros excelentes proyectos en *performance*), entre algunos otros nombres que no recuerdo bien, realizaron en la coordenada precisada un cúmulo de arena en donde *re-presentaron* el ambiente de una playa turística. Los realizadores invitaron a sus amigos a gozar del sol capitalino con sus vestidos de baño y gafas oscuras, entre sombrillas playeras, baldes y palas para hacer castillos. El evento resultó todo un éxito; se hablaba en todas partes de lo ingenioso que resultaba todo, de los vestidos de baño de quienes habían participado, de la manera como el artista contemporáneo conquista espacios cotidianos para reevaluar los procesos normativos que impone la sociedad de consumo, de las pieles lechosas de algunos, de los baldes y palas para hacer castillos.

El tiempo transcurría y el proyecto de la playa había quedaba en el olvido. Sólo se seguía escuchando por ahí el nombre de Maria Teresa Hincapié, y en alguna otra fecha un artista chicano habría venido a la universidad a realizar un *performance* y una serie de conferencias. En estas se habló bastante, sobre estas poco se habló.

Maria Alejandra Estrada, una compañera, una estudiante del departamento de arte, ha programado una serie de *performances* que se han llevado a cabo en la Sala de Proyectos los días 29 de septiembre y 9 de noviembre, y seguirán los días 6, 11 y 13 de diciembre.

Caminar al centro. Meter la mano derecha al recipiente. Sacar la mano. Esgurrirla. Ir a la pared y hacer una pintura vertical. Repetir la acción*. En el momento de haber entrado a la Sala de Proyectos me cautivó inmediatamente la colocación ordenada de pliegos de cartulina negra que conformaba una retícula que se expandía por todo el lugar. Sobre los

pliegos que cubrían las paredes, veía algunos manchones verticales, especies de columnas, pintados con vinilo blanco y conectados por chorreones de pintura a un recipiente que se encontraba en la mitad del lugar. Las pinturas eran todas diferentes. Los chorreones eran todos diferentes. La retícula de pliegos seguía siendo igual. Inmediatamente después de haber reconocido el espacio vi a Maria Alejandra. Caminaba hacia una pared y realizaba con sus manos untadas de esposito vinilo blanco una pintura vertical sobre la pared: luego se sacudía el exceso, caminaba al centro, metía la mano derecha al recipiente, sacaba la mano, la escurría, iba a la pared y hacía una pintura vertical. Repetía la acción. Repetía la acción. Repetía la acción. Siempre resultaba diferente, cada acto parecía una ficción del anterior.

“...what he perceives is multiple, irreducible, coming from a disconnected, heterogeneous variety of substances and perspectives: lights, colors, vegetation, heat, air, slender explosions of noises, scant cries of birds, children’s voices from the other side of the valley, passages, gestures, clothes of inhabitants near or far away. All this incidents are half-identifiable: they come from codes which are known but their combination is unique, founding the stroll in a difference repeatable only as difference...”

(Roland Barthes, *From work to text*)

Estuve un largo rato en el lugar. Todavía había gente allí que estaba desde antes que yo entrara; se habían quedado un rato aún más largo. Maria Alejandra repetía la acción. Nunca la *re-presentó*. Cada acto parecía una ficción del anterior. Quizás también la repita los días 6, 11 y 13 de diciembre, pero seguramente será diferente, pues a pesar de que llegue, que lleguemos, a la universidad de la misma manera que llegamos todos los días, luego de la misma rutina para levantarnos, arreglarnos y salir de nuestras casas, todo será diferente. A veces cada día parece una ficción del anterior.

Al salir del lugar (como el perro del proyecto de Diego León) me detuve un rato a conversar con quienes también salían. Caímos en cuenta que ya habíamos presenciado otros *performances* de Maria Alejandra, bastante parecidos. No obstante, a pesar de los parecidos, hablamos sobre las diferencias; hablamos también de que estábamos hablando (como cuando uno piensa que está pensando). En ese momento, caí en cuenta de todo lo que he escrito. Caí en cuenta también que por haberme detenido a conversar, el balcón frente a la Sala de Proyectos se había convertido en una especie de estrado de debate sobre *performance*; de debate sobre lo que una compañera, una estudiante del departamento de arte, habría tenido la iniciativa de hacer y de mostrar. Sólo se había necesitado esa iniciativa. Mientras tanto, en la Sala de Proyectos, el público que aún permanecía en el lugar, un poco más de cinco personas, caminaban al centro, metían la mano derecha al recipiente, sacaban la mano, la escurrían, iban a la pared y hacían una pintura vertical. Repetían la acción.

—Nicolas Gómez

* González #37

La montaña mágica

Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la Montaña.
Proverbio musulmán

Si la biblioteca baja la montaña, los estudiantes no van a la biblioteca.
Prejuicio uniandino

Hace un rato estaba reunido con unos amigos del departamento, cuando nos enteramos de que existía un plan malvado para robarnos la biblioteca de arte y abandonarla en unas salas enormes y maquiavélicamente cómodas y bien dotadas de equipos.

Aparentemente, la dirección de bibliotecas de la universidad, sin haber consultado a las diferentes unidades, ha decidido que quiere que todas las bibliotecas satélites se integren en el edificio Mario Laserna, que abrirá sus puertas para el segundo semestre del próximo año.

La indignación de todos los presentes cuando recibimos esta noticia no se hizo esperar. Desde mi experiencia particular, la biblioteca ha sido cada vez un espacio más importante desde que entré a la universidad, siento que hoy en día paso en ese lugar mucho más tiempo que el que pasaba antes y que, además, he adquirido destreza para encontrar información relacionada con lo que busco. Pero hasta este momento no me había dado cuenta de que, en general, las personas también estaban yendo más a la biblioteca que antes; algunos de los indignados con la noticia del desplazamiento, eran profesores que llevan muchos años acá, y ellos comentaban que había constituido un gran esfuerzo generar un buen ambiente, y hábitos, de trabajo en ese lugar, ¿cómo es eso de que entonces ahora se llevan todo para abajo donde nadie lo va a mirar? Entre otras objeciones, se dijo también que lo que pasaba era que en la biblioteca general no entendían que los libros de la biblioteca de arte eran libros especializados (y por eso los querían mezclar con los de química, medicina, derecho, historia, microbiología, teoría del caos, poesía venezolana, residuos industriales, etc.).

Debo reconocer, y creo que no soy el único, que lo primero que me perturbó de esta noticia, fue pensar en la incomodidad de tener que bajar tantas escaleras cada vez que uno quiera buscar un libro y, por supuesto, en la de luego tener que volverlas a subir; ¿a quién no le ha pasado que está leyendo un libro en la biblioteca de arte y encuentra una referencia a una novela, o a una teoría sociológica o de física cuántica, y se queda con la duda por pereza de bajar a buscar la otra fuente en la general? Pues lo primero que uno piensa es que ahora ni siquiera va a estar leyendo el libro de arte, porque antes va a haber sentido pereza de bajar al Mario Laserna a buscarlo.

Cuando mi hermana se casó, muchas personas les dijeron a mis papás que no pensarán que perdían una hija, sino que ganaban un hijo.

Yo sí creo que la dirección de bibliotecas debería adquirir el hábito de consultar este tipo de decisiones con las unidades, porque se presta para una discusión muy interesante. Pero también creo que los estudiantes y profesores deberían adquirir otro hábito, el de consultar bibliotecas grandes donde, en general, es más fácil encontrar, y compartir, la información. Lo único que cambia es la bajadera y subidera de escaleras, que también es un hábito sano.

Lo que sí haría falta entonces, serían más salas de lectura satélite; para tener donde leer el libro o las fotocopias que uno carga en la maleta, cuando el tiempo no le alcanza para bajar hasta el edificio nuevo; porque aunque se centralicen las bibliotecas, los libros siempre serán nómadas.

—Felipe González

En Blanco y Negro

“Mi recuerdo general del Quijote, simplificado por el olvido y la indiferencia, puede muy bien equivaler a la imprecisa imagen anterior de un libro no escrito.”

Pierre Menard, Autor de el Quijote
Jorge Luis Borges

“Deberían dejarla morir”, me decía un profesor luego de haberle contado entusiasmadamente que yo estaba considerando la idea de realizar mi proyecto final como un proyecto investigativo en el área de historia del arte, y que quizás iba a ser un trabajo sobre Tarma Brata, la constantemente mencionada Tarma Brata. Resultó desalentador haber escuchado estas palabras de una persona que admiraba bastante y de quien, de pronto ingenuamente, esperaba algún tipo de interés, o por lo menos alguna otra respuesta que animara una posible edificadora conversación alrededor de lo que en aquel momento yo esperaba que fuera (hubiera sucedido si yo hubiera reconocido maneras inmediatas de responder de otra forma). Meses atrás de este hecho yo había comenzado a investigar en bibliotecas y archivos sobre esta crítica de arte (esto ocurrió además porque en aquel tiempo me encontraba trabajando en proyectos que demandaban conocer aspectos del contexto artístico colombiano de los años cincuenta); cuando escuché aquella respuesta, todas las horas transcurridas frente a hojas de periódicos viejos parecían reducirse al tiempo más inútilmente invertido alguna vez. Sentí un fúnebre silencio.

Algunos días transcurrieron mientras yo prefería pensar en cualquier otro asunto que no fuera mi proyecto final. En el momento que, inevitablemente, volvió a surgir el tema con algún compañero, vino a mi mente una imagen de un hecho que inmediatamente me habría causado una menuda sonrisa seguida de un suspiro de cómo da anuencia. Recordé un día que me encontraba en una clase de historia del arte latinoamericano del siglo XX; el curso era dictado en un pequeño salón después de la hora del almuerzo. En el recinto se solía acumular en el aire el calor de las treinta personas que allí nos encontrábamos cada semana en sesiones de tres horas de las cuales durante una de estas se apagaban las luces y se veía un carrito completo de diapositivas que nos arrullaba como una canción de cuna. En este preciso día que había vuelto a aparecer en mi cabeza, recuerdo haberme despertado de un corto sueño sobre mi escritorio cuando el nombre *Tarma Brata* empezó a resonar en los débiles sueños que tenía durante aquellas siestas. Al abrir los ojos, ví a la profesora —con su agradable acento uruguayo— imitar a Tarma Brata— con su agradable acento argentino— explicando a Picasso con un libro en mano a través de la televisión colombiana de los años cincuenta. Por alguna razón que el tiempo me dará, la imagen vista me resultó fascinante. Haber recordado este momentáneo encanto me hizo volver a sentir la diástole y sístole de algo que había muerto. Me sentí capaz de todas las ideas.

—Silonac Zomeg

esto no es una tesis

[ver González #40 —ñapa—]

Si desea estar con González, envíe su colaboración al correo electrónico: hojagonzalez@gmail.com
González publica lo que se quiera hacer público. La única regla es usar un nombre, un apellido y aceptar las limitaciones de una hoja de papel. Esta hoja circula al comienzo de cada semana del período académico de clases.
